

(PKK). De ahí que “el sueño kurdo de una entidad independiente”, esté lejos de concretarse, ya que “ha sido sacrificado frente a las necesidades estratégicas estadounidenses de la lucha contra el terrorismo y los temores regionales” (p. 313).

Para concluir, quisiera señalar que este libro, pese a las observaciones señaladas anteriormente —que desde luego no ponen en duda el gran esfuerzo realizado— tiene el gran mérito de abrir un abanico de temas poco conocidos para un público ávido de incursionar en otras realidades y en un mundo aparentemente distante, pero más cercano de lo que se piensa, y sobre el cual se han elaborado una serie de distorsiones, basadas más en los prejuicios que en un conocimiento riguroso y equilibrado. Por eso lo recomiendo ampliamente.

MARÍA DE LOURDES SIERRA KOBEH
Centro de Relaciones Internacionales
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México

Ruiz Figueroa, Manuel (coord.), *El islam y Occidente desde América Latina*, México, El Colegio de México, 2007, 319 pp.

El islam es hoy una tendencia ideológica (política y religiosa) conmovida por rápidas y bruscas mudanzas. Representa un reto no sólo para Occidente (Estados Unidos, Europa, Rusia y algunas porciones de América Latina, Asia y África que han incorporado al menos fragmentariamente la modernidad secular) sino para el conjunto de países que culturalmente fueron modelados por los mensajes de Mahoma. *Reto* no implica necesariamente enfrentamiento, y de ningún modo “un choque de civilizaciones”. Apunta más bien a la imperativa necesidad de *redefinir* postulados y prácticas debido a los desiguales avances de las tecnologías y de la globalización.

De ahí la importancia de evaluar las múltiples variedades y peripecias de la cultura musulmana contemporánea cuando, después de procesos de relativa descolonización, debe encarar la redefinición de su identidad. Un tema que fue obsesivo en las

celebradas obras de Edgard Said, pensador a quien sin embargo apenas se le cita en este texto.

Comencemos por su título: no es solvente. La visión que aquí se propone no representa a “América Latina”. Primero, porque la mayoría de los autores son mexicanos, excepto un español que se especializa en Turquía. Después, no alude a posturas de gobiernos latinoamericanos, que en algunos casos —lamentablemente muy pocos— han atendido asuntos como el conflicto libanés, la tragedia de Darfur, o el trato abusivo a los inmigrantes musulmanes en Europa. Finalmente, una mirada latinoamericana al islam y a las correspondientes actitudes occidentales se habría justificado si estudiosos de esta región (particularmente en Brasil, Argentina y Chile) hubieran sido profusamente mencionados, o bien si los participantes en esta obra hubieran sugerido una reinterpretación propia de textos y circunstancias que han modelado al islam como religión y cultura. No es el caso: las bibliografías citadas son principalmente de académicos norteamericanos.

Y por añadidura: ¿a qué espacio cultural pertenece América Latina si desde aquí se pretende observar al islam y al Occidente? Confieso que la pregunta me resulta inescrutable.

En cualquier caso, esta compilación expone vislumbres de algunos investigadores mexicanos que procuran esbozar problemas pertinentes y actuales relacionados con la coexistencia inestable y a menudo violenta entre el islam y el Occidente, con apretadas menciones a las desinteligencias internas —no menos ríspidas y caóticas— dentro de los propios países musulmanes (desde Paquistán hasta El Líbano).

Manuel Ruiz Figueroa sugiere atinadamente que el hostigamiento mutuo entre Oriente y Occidente (dos metáforas que deben usarse con cuidado) no gestó merced a las propensiones imperialistas europeas en los siglos XIX y XX. Ya se habría producido un “protochoque civilizatorio” cuando griegos lucharon contra persas y romanos contra partos (p. 13). Sin embargo, no cree que exista una incompatibilidad fundamental entre islam y cristianismo, pues ambas religiones se sustentan en la fe monoteísta y en el relato bíblico, a pesar de que la índole de Jesús diverge de la de Mahoma. En términos teológicos esta aseveración podría aceptarse de manera restringida; no así en

los hechos. Múltiples ejemplos (la *sunna* y la *sharía*, Stalin frente a Trotski, Freud y Jung) revelan que la aparente afinidad en los principios ideológicos y teóricos no garantiza la cordial convivencia; por el contrario, a menudo gesta odiosas rivalidades.

Ruiz Figueroa no elude esta conflictiva dialéctica entre miembros aparentemente cercanos, evocando a la Inquisición española que consideraba mandato celestial juzgar y perseguir a judíos y musulmanes (p. 29). Concluye su examen indicando que las tensiones hoy se afilan debido a las intervenciones norteamericanas en países musulmanes y a la gestación de Israel, “hecho que es comparado con las cruzadas medievales” (p. 36), aunque en rigor el fundamentalismo musulmán no sólo considera a Israel una “avanzada de Occidente” sino también a Arabia Saudita, Egipto, Paquistán y Turquía. Pero al parecer no es “políticamente correcto” apuntar este hecho.

Elizabeth Peña Velasco subraya con acierto que “el desconocimiento mutuo, la simplificación de realidades (...) caracterizan hoy las relaciones entre el islam y el Occidente” (p. 40). Acepta que existen “muchos tipos del islam”, y que la formación temida en Occidente es el islam político, y en particular el militarizado que suele llamar a una “anticruzada”. Pero cabe distinguir entre el islam como religión y teología y el *islamismo que propone una praxis política* (p. 47). Las consideraciones de esta investigadora acerca de la secularización —concepto humanista y occidental— que sería inaceptable para los fundamentalistas, son imprecisas. No sólo Túnez y Turquía la aceptan de hecho aunque encarando vigorosas resistencias, sino Egipto, Jordania y Paquistán. El rechazo a la ciencia y la tecnología no caracteriza a los islamistas. Por el contrario, las élites de los países musulmanes se apegan en la práctica a la racionalidad aristotélica y aspiran a un desarrollo industrial e incluso militar que es improbable sin un credo secular, incluso en el Irán jomeinista. Ciertamente, se trata de un laicismo mesurado, *funcional*, que no trastorna la identidad colectiva emanada del islam y la *sharía*.

Los derechos humanos y la posibilidad de implantarlos en países musulmanes constituyen la preocupación de Gabriela Sánchez Carmona. Cabe imaginar tres actitudes. Una es opti-

mista: el ejercicio de los derechos humanos es compatible con los principios del islam; la otra, negativa: el rechazo absoluto a este ejercicio; finalmente, una componenda: los derechos humanos son aceptables si se ajustan a la teología musulmana (p. 62). Después de un extenso repaso al trayecto de los derechos humanos en Occidente y en la jurisprudencia musulmana —dos concepciones radicalmente divergentes— la autora apunta que “la mayoría de los países islámicos han separado al Estado de la religión, es decir, han pasado por un proceso de secularización” (p. 101). Un proceso parcial o desdibujado por cierto, ya que “la función principal del Estado es hacer cumplir la shari‘ah o ley divina para que los habitantes logren vivir conforme a los preceptos del islam”. El resultado final: ni el concepto de *ciudadano* inventado por la Revolución Francesa ni el de *societad civil* tienen vigencia en no pocos países apegados al islam y sin ellos el ejercicio de derechos civiles, al menos conforme a la Declaración Universal de 1948, apenas es viable. De ahí que sea “necesaria la educación en pro de los derechos humanos en los países musulmanes para ir desarraigando poco a poco prácticas como la mutilación femenina, por ejemplo...” (p. 106). Una exhortación que apenas suscita eco en estos países.

Luis Mesa del Monte pretende evaluar las repercusiones de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en la reformulación de la estrategia de Washington en el Medio Oriente. La precaria organización de este ensayo y las frases excesivamente largas (de 12 o más líneas sin puntuación alguna, como en la p. 114) no facilitan su lectura. Conjeturo que al autor le interesa en especial cómo se fue ajustando el poder militar norteamericano a las cambiantes circunstancias de los países productores de petróleo, como en Arabia Saudita e Iraq. Sin embargo, su aspiración es a ratos más amplia: pasa revista a *todas* las intervenciones estadounidenses en un “arco de inestabilidad” que se extendería desde América del Sur al Sudeste asiático (p. 123). Esta “notable proliferación de la presencia militar de Estados Unidos” se manifiesta hoy particularmente en el Golfo Pérsico y en Asia central. Así, Del Monte pasa breve revista a esta presencia en Arabia Saudita, Qatar, Bahrein, Omán, Kuwait, Iraq, Yemen y otros países, sin indicar sus fuentes de información. Como este hecho genera resistencias culturales y violen-

tas en contra de Estados Unidos, este país debió gestar nuevas estrategias de control, como las que se manifiestan en el documento *Changing Minds Winning Peace*, que viera la luz en octubre de 2003. El autor comenta con amplitud esta iniciativa e indica sus limitaciones. A pesar de estas innovaciones, la imagen y la credibilidad de Estados Unidos continúan sufriendo un notable deterioro (p. 158). Concluye con exhortaciones personales e ideológicas adversas a estas políticas de Washington.

Erika Ruiz Sandoval y Eduardo Soler i Lecha estudian las complejas relaciones entre Europa y Turquía, asunto que ganó relieve en las elecciones de julio de 2007. Para encuadrar el tema, los autores recuerdan los intentos de modernización del Imperio Otomano (el Tanzimat) en el siglo XIX y las reformas radicales de Atatürk, el icono de la Turquía laica. Ankara aspira a integrarse a la Unión Europea pero tropieza con vigorosas resistencias pues ni la democracia ni el laicismo se han institucionalizado en este país (p. 176). Afirman que Europa ya no es culturalmente “un club cristiano” sino más bien un amplio espacio laico congruente con aspiraciones emanadas del posracionalismo y de la posmodernidad. Sin embargo, esta variedad demográfica y cultural enciende no pocos conflictos (p. 182). En el curso de la agresión de Washington a Iraq, Turquía debió asumir delicadas decisiones. Se negó finalmente a suministrar franco apoyo a las fuerzas norteamericanas (aunque aceptó discretamente que aviones surcaran los cielos turcos) para complacer, primero, a las agrupaciones musulmanas que impugnan vigorosamente el carácter laico del Estado, y desalentar, después, cualquier aspiración nacionalista de los kurdos. Sin embargo, el radicalismo islámico parece incontenible (p. 191). De aquí —concluyen los autores— que Europa debe ayudar a Ankara en estos tiempos alentando la posibilidad de integrarse a la Unión Europea aunque no satisfaga completamente algunos requisitos básicos de la modernidad occidental (p. 194).

El tema palestino-israelí no podía estar ausente en esta compilación. Roberto Marín Guzmán lo aborda, poniendo énfasis en las consecuencias del 11 de septiembre de 2001 en este conflicto que lleva más de un siglo. Alude con acierto al entendimiento Bush-Sharon que se tejió inmediatamente después de

esta acción terrorista, pues el fundamentalismo religioso del primero y el nacionalismo a ultranza del segundo habrían encontrado senderos convergentes. Condena tanto las acciones violentas de los palestinos como las reacciones desmesuradas de los israelíes, pues se trata de un pugilato en que las víctimas son al cabo civiles inocentes (p. 198). Pero su denuncia se dirige principalmente contra el ex primer ministro israelí, que en estos momentos yace en un estado comatoso acaso irremediable. Marín Guzmán nos recuerda que Yasser Arafat mereció el Premio Nobel de la Paz en 1994 por su disposición a llegar a arreglos con los israelíes; curiosamente, no menciona que los israelíes Rabin y Peres también lo recibieron en esta ocasión. Con el propósito de entender mejor las raíces del conflicto palestino-judío, el autor aborda un rápido recorrido del movimiento sionista hasta el alcance de su meta en 1948. Menciona la decisión de Partición de la ONU de noviembre 1947, conforme a la cual se crearían dos estados —Palestina e Israel— con extensiones geográficas relativamente similares. Sin embargo, soslaya el hecho de que los árabes cometieron entonces el fatal error de no aceptar esta decisión del organismo mundial y prefirieron agredir militarmente a la flamante entidad judía. Padedieron en estas circunstancias una derrota que se tradujo en la emigración —voluntaria y forzada— de más de medio millón de palestinos a los países vecinos que hasta hoy —excepto Jordania— no han aliviado sus miserables condiciones de vida. La Guerra de los Seis Días (1967) acentuó la tragedia palestina al tiempo que elevó en la cultura israelí alientos nacionalistas y mesiánicos que se tradujeron en la colonización judía de tierras localizadas en la Franja occidental. Al poner el acento en las represiones ejercidas contra la población palestina, Marín Guzmán olvida o subestima la existencia de importantes grupos de la izquierda israelí que censuran y rechazan acciones abusivas tanto de algunos gobiernos como de la derecha nacionalista. Incluso existen organizaciones que agrupan a padres de judíos y palestinos cuyos hijos han muerto como resultado de este irracional conflicto. Lamentablemente, este violento contrapunto carece, del lado palestino, de algún resorte moderador. La democracia y el respeto a los derechos humanos aún no han aterrizado en las instituciones palestinas, ya sea por la

dureza de la represión israelí, ya sea por el carácter hondamente corrupto de sus élites. El autor acierta en identificar los instrumentos de la dominación israelí: el control de las fuentes de agua potable y del flujo eléctrico, la confiscación de tierras palestinas y las inhibiciones al comercio y a la industria. Pero no menciona las feroces diferencias entre el Hamas y el Fataj que en estos días han llegado a su máxima expresión con la conquista de Gaza por parte del Hamas y la intención de crear en esta reducida geografía un régimen presidido por el islam fundamentalista.

Alejandra Galindo Marines refiere la evolución política de Arabia Saudita que se sustenta en los pilares del wahhabismo, una de las múltiples corrientes del islam. Subraya dos crisis que conmovieron a este país que aún está muy lejos de constituirse en Estado-nación conforme a las pautas occidentales. Una es la intervención norteamericana en Iraq a fin de impedir la invasión a Kuwait (1990-1991), y otra el 11 de septiembre que puso de manifiesto la proclividad terrorista de Al Qaeda además de su origen saudita. Pero el propósito mayor de su ensayo es explicar los postulados de la wahhabia como pilar legitimador de la política de Arabia Saudia (p. 267). Postulados que explican el rechazo formal al nacionalismo y a la secularización considerados en este país “modalidades politeístas” que, si son aceptadas, harían retroceder al islam al periodo premahometano (la Yahilia). Postura que, sin embargo, no es incompatible con medidas prácticas y bien calculadas, especialmente en la administración de los ingresos petroleros. Sólo los adictos a Al Qaeda se empeñan en mantener una postura agresiva contra el Occidente pecaminoso y predicar la desaparición de las fronteras artificialmente creadas por el imperialismo en el curso de la Primera Guerra (p. 283).

Zidane Zeraoui estudia el dilema kurdo, asunto que preocupa intensamente a Turquía y que está hoy en la agenda internacional en caso de convenirse la partición de Iraq en tres porciones (*sunna*, *shifah* y kurdos). El autor nos informa acerca de la fragmentación étnica y religiosa de Iraq, dato de suma importancia para entender la prolongada inestabilidad de este país después de la caída de Saddam Hussein. Los kurdos constituyen una quinta parte de la población, y el resto son árabes.

En términos confesionales la mayoría es shiita (dos tercios) y la minoría se adhiere a la *sunna* y al cristianismo (p. 290), circunstancia que explica los intereses de Irán —poder shiita— en Iraq. Los 25 millones de kurdos aspiran a constituirse en una nación que necesariamente arrebataría amplias porciones de Turquía, Irán y Siria, y en modesto grado, de Georgia y Armenia. El levantamiento de la República de Kurdistan exigiría así una reconfiguración de fronteras que de momento parece improbable. Zeraoui alude a proyectos dirigidos a dividir geográfica y religiosamente a Iraq, que se ventilan en Washington. Pero no parecen viables pues inducirían el empobrecimiento de la zona shiita que no cuenta con petróleo (p. 294). Por añadidura, Irán jamás aceptará este plan. Después de una revista a las promesas occidentales ofrecidas a los kurdos a favor de una entidad política soberana, el autor pone de relieve las medidas represivas —especialmente por parte de Ankara— en contra de estos empeños. Así las cosas, y considerando la inestable situación iraquí, Zeraoui concluye que el sueño kurdo está muy lejos de materializarse.

Una observación final: la ausencia de un corrector de estilo y de un editor-lector es aquí particularmente lamentable, pues conocer los temas abordados es indispensable para una audiencia alejada, geográfica e intelectualmente, de la cultura musulmana que encara hoy tanto una globalización intrusiva como la gestación de una diáspora en Europa, Estados Unidos y América Latina.

JOSEPH HODARA
Bar Ilan University-Israel

Ruiz Figueroa, Manuel (coord.) *El islam y Occidente desde América Latina*, México, El Colegio de México, 2007, 319 pp.

Después de la portada con el ambicioso título, el prólogo del compilador nos advierte juiciosamente que no existe *una* visión del Islam desde América Latina, lo cual sería como pedir *una* visión desde Europa o Estados Unidos. La diferencia que yo